

15/A33

JUAN VICENTE GONZALEZ



El Primer Congreso de Venezuela
y la Sociedad Patriótica



F329.8709
G643
e.2

Publicación Especial
de la
REVISTA NACIONAL DE CULTURA

Ministerio de Educación
Caracas
Julio-Agosto de 1958



INTERESANTE espectáculo presenta el primer Congreso de Venezuela: hijo de la Revolución, fruto de elecciones libres y tranquilas, en vez de una Asamblea tumultuosa, agitada de populares pasiones, aunque única y aunque con un Ejecutivo, que creó débil en tributo a las doctrinas de entonces, él se concilió la estimación y el respeto público, sin excitar la admiración, pero tampoco resistencias y ataques en el seno de los republicanos. Bien que entre los cuarenta y cuatro miembros que lo constituían no faltasen quienes, confundiendo la obstinación con la firmeza, opusiesen sus preocupaciones a toda reforma saludable; y bien que se precipitasen otros en novedades peligrosas, tal era la situación y benevolencia de los espíritus, tan poca la inflamación (que no sobreviene sino en los cuerpos numerosos), que todos marchaban aparentemente a una, sin enconos odios, luchas ni escándalos.

Nada allí de *centro*, *izquierda* ni *derecha*; sentábanse todos confundidos y amigos, con la alegre esperanza sobre los ojos. Uztáriz, Tovar, Roscio, Yanes, Ponte Peñalver; con la frente cargada de cuidados, Maya, Quintana, Ramírez, Méndez, Castro. Nada precipitó los pasos de aquellos varones ilustres, prudentes y circunspectos en medio de sus interiores recelos o de la impaciencia de sus esperanzas, ni la facilidad de ostentar sin peligro un liberalismo violento, ni la ambición inmoderada de aplausos y popularidad, ni los estímulos de la imprenta, ni el favor que acompaña a las opiniones exageradas. Cuando, caída toda autoridad, podían sin obstáculos ni sinsabores lanzarse por el fácil camino de la demagogia, destruyendo y creando a su capricho,

prefirieron el enojoso cuidado de moderar los excesos de la libertad, a riesgo de pasar por enemigos del pueblo y por retrógrados.

¿Qué detenía a esos hombres y los embarazaba en su marcha? Veían el porvenir cargado de sangrientas nubes y retrocedían; habrían querido regenerar, conservando; repugnaba a su conciencia quitar el freno a las pasiones para triunfar. En su seno no hubo propiamente vida parlamentaria. Si se encendía, era el viento de la plaza pública; arrastrábalo la impetuosa vigilancia, las advertencias en forma de agitaciones de la capital. Todos anhelaban por la tierra prometida, sin pasar por el Mar Rojo.

Recordemos de paso algunas de esas figuras. Juan Germán Roscio era el pensador convencido del partido republicano; su frente, que parecía inclinada por la meditación, hacía que se le atribuyese un poder lleno de misterio; sus palabras eran recogidas como aforismos patrióticos. Si callaba, mirábase su silencio como desdén de la sabiduría o esquividad del pudor; inteligencia honrada sin audacia, pluma fácil, vulgar y sin brillo, político de intratable energía en medio de la timidez de sus opiniones. Fuertes estudios y el amor a la meditación habían madurado la grave juventud del español Francisco Javier Yanes. Francisco Javier Uztáriz,

Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo,

no hablaba nunca en la tribuna, pero todos se agolpaban solícitos para oír sus discretas y finas observaciones, y se contaba con su silencio lleno de pensamientos.

Bussi y Sata era un tribuno elegante y fácil. Manuel Palacio, hombre de talento y elocuencia, adivinaba el porvenir y le esperaba sonreído. A don Martín Tovar Ponte no le dio la naturaleza la elegancia ni las gracias de la juventud, ni menos el deseo de adquirirlas y de suplir su falta; prefirió dedicar este tiempo a cosas serias. Aunque por la educación perteneciese a su época, por sus compromisos y recuerdos él fue toda su vida del 19 de abril. En los tiempos turbados y movibles que atravesó, conservóse siempre fiel a las primeras ideas en que se había

formado y que encantaron su espíritu, a los sentimientos que hicieron latir su corazón, a las convicciones a que se consagró. Cuando vengan las pasiones en vez de las leyes, los combates en vez de la justicia, y en vez de la libertad la dictadura, él se envolverá en su manto, silencioso y triste, animando contra la violencia y cubriendo con su nombre a los defensores del orden. Ese viejo tosco de corazón patriota, supo merecer el recuerdo reconocido de sus contemporáneos y la estimación de la posteridad.

El doctor Manuel Vicente Maya era un sacerdote célebre ya por la rectitud del alma y sus dulces virtudes. Extraño al odio, su corazón santo se difundía en una expresión de sonrisa angelical, que inspiraba amor y pensamientos buenos; y en el gobierno de la Diócesis, sus adversarios le preferían a sus amigos, porque de nadie podían esperar tanta indulgencia en la justicia. Horrorizado con los excesos de la revolución francesa y temeroso del oscuro porvenir, su espíritu se detenía inquieto a las puertas de la revolución, por amor a los hombres y por horror a los desastres que preveía. La debilidad por temor del mal es una virtud divina; y la energía, cuando no impone sacrificios heroicos, con frecuencia no es otra cosa que la ambición y el egoísmo. Maya sólo protestó contra la declaratoria de la Independencia el 5 de Julio, engrandeciendo con su noble libertad aquel majestuoso espectáculo. Porque no fue mediano valor arrostrar la indignación de una multitud ansiosa, y defender contra el entusiasmo general sus creencias desesperadas. Opuso a todos el voto de los habitantes de La Grita, sus comitentes. Y el Congreso ordenó se escribiese su protesta al pie del acta de la Independencia, tributando así un homenaje a los derechos de la conciencia y tomando una venganza digna de la libertad.

El doctor Juan Nepomuceno Quintana era uno de aquellos jóvenes virtuosos e instruidos, que las primeras familias daban entonces a la iglesia. Escritor elocuente y fecundo orador, aquel clérigo era un filósofo a su manera, enemigo del sofisma y del instinto destructor y revolucionario de los demagogos de su tiempo. A presencia de Miranda y Roscio, y de los otros jefes de la revolución, con un tono acentuado de desdenes, él los acusaba de agoreros falsos y de engañarse con frívolas esperanzas. Los que no se turbaban al escucharle, respetaban su buena fe.

Al abogado Antonio Nicolás Briceño, filósofo sombrío, republicano cartaginés, hombre frío y violento, genio inquieto y rudo, teníaese por capaz de lanzarse, en un transporte de cólera, en los abismos del crimen.

El Congreso tuvo un doble carácter: se aprisionó en un círculo estrecho, en que parecía hacer penitencia de su importunidad, y se elevó sobre sublimes altares; hizo una Constitución federal efímera, y proclamó verdades inmortales; contenido y arrebatado alternativamente por fuerzas contrarias, el sentimiento que le venía de sí mismo, y el movimiento que le venía de la revolución. —¡Cincuenta y cuatro años han corrido desde aquel tiempo! ¡Un Congreso acaba de cerrar sus sesiones! ¿Qué hemos adelantado, oh Dios?

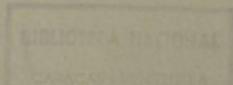
Es preciso confesar, sin embargo, que sin una fuerza encontrada de asociación, el movimiento revolucionario habría perecido, y sus inocentes e incautos parciales, que confundían a amigos y enemigos en el ciego vuelo de su generosidad, habrían caído en la red inmensa que se les tendía por todas partes. Urgía la creación de un cuerpo político organizado fuertemente, depositario de todas las necesidades e instintos de la revolución, que velase inquieto sobre las autoridades débiles, sobre sus agentes confiados, sobre los enemigos todos, por temor o por odio. Miranda había traído la idea de París, tierra clásica de tumultuarias asociaciones; Bolívar la fundó, llevando a su seno los amigos de la Independencia. Ribas la popularizó, le dio sus varoniles pasiones y tendencias, la hizo inflamar y hervir como el Etna. Nacida en medio de los peligros de una conspiración inmensa, que negaba los conspiradores, la Sociedad Patriótica constituyó una legión activa, de desconfianza suma, de rencilloso espíritu, que de todo se alarmaba. Fue su destino ensayar al pueblo en la República y también en la demagogia, ser estímulo de los poderes públicos y la palanca de la revolución.

Penetremos en su interior y sorprendámoslos el 19 de abril de 1811, pocos días antes del célebre 5 de julio, en su primitiva naturaleza y audacia anárquica. "Los regocijos fueron universales ese día. Después del *Te Deum*, los habitantes se esparcieron por las calles, con sus vestidos de fiestas, adornados sus sombreros con escarapelas de cintas rojas, azules y amarillas. Grupos

de músicos y danzantes recorrían la ciudad cantando himnos entusiastas; la atravesaron en procesión los Miembros de la Sociedad Patriótica con banderas en la mano. Personajes respetables se unieron al concurso, y se vieron grupos de indios de las cercanías, tocando y danzando de una manera más sencilla que graciosa: pintábase la alegría en todos los rostros, felicitándose cada uno por la felicidad que creía asegurada. La noche trajo otro género de placeres: la ciudad de Caracas se iluminó toda, y los edificios públicos y muchas casas particulares se cubrieron de inscripciones y emblemas ejecutados con tanto gusto como talento... Teatros pequeños levantados en diferentes partes de la ciudad, proporcionaron nuevos placeres al pueblo ebrio de entusiasmo". Contemplemos esas sombras tan risueñas y alegres, antes que pasen arrebatadas por un torrente de sangre; mañana será tarde. Penetremos como extranjeros, en esa sala, en esos corredores suntuosamente adornados, donde Guevara Vasconcelos dictaba sus órdenes, donde la revolución en delirio tiene su trípode y su oráculo.

¡Qué tempestad de gritos, de aplausos y exclamaciones! ¡Es la voz unísona del océano, formada del ruido de todas las ondas! Miranda preside; notad su figura dramática, imponente. Enciende aquí la llama que agita en el Congreso. Pero ¿quién es ese joven de admirable madurez, de tan militar apostura, que se adivina, al mirarle, su osadía y valor? Ojos azules y color blanco, que ennegrecerán los rayos de la guerra, músculos de acero, mirada soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas. Le llaman Simón Bolívar; sólo José Félix Ribas parece más arrogante y espléndido.

Se habla. Es Antonio Muñoz Tébar: cautivó el amor de la República desde sus primeros años. A la nueva de la revolución del 19 de abril, se le vio dejar el presbiterio de los Neristas, donde asistía de acólito, inocente levita, y arrodillarse y decir adiós al altar que había perfumado con el incienso, para irse tras la revolución, hasta la muerte. Su figura endeble y delicada, su tez blanca y pura, su rostro franco, sombreado apenas por naciente bozo, revelan sus pocos años, como revela su talento la frente espaciosa y cándida, y anuncian la ternura de su alma quimérica y su fin prematuro y trágico, la melancólica sonrisa y los fijos ojos,



grandes y tristes. ¿Quién enseñó el arte de conmover y persuadir a ese niño, que aún no ha dejado las aulas? ¿Quién ha dado a sus rosados labios el acento patético, la invectiva acerada, todos los tonos de la sátira, los pensamientos y los colores de Tácito? ¿Cómo ha caído esa abeja de Helicón en el cáliz de ajeno de los partidos?

“Señores, dijo, hoy es el natalicio de la revolución. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte. ¡Que principie ya el año primero de la independencia y la libertad! Confederación de Estados o Gobierno central, una Asamblea o muchas; por todo podemos comenzar, como comencemos por la Independencia. Que la República siga su marcha triunfal, derramando placeres que enloquecen, bendiciones que santifican! Pero desde ahora adivino que mañana habré de estar por una República poderosa y central, que represente la nacionalidad y la fuerza, y no por pequeños Estados, tanto más débiles y turbulentos cuanto más pequeños, inútiles el día del peligro, enojosos al buen sentido, expresión del egoísmo y arena de la ambición. Si en vez de la Asamblea que nos representa, única e imponente, eco de mil voces, punto donde convergen todos los radios, faro centelleante encendido para el uso de Venezuela, hubiese ocho o más Congresos esparcidos, oscuros, deliberando en su rincón, sin debates entre unos y otros, sin cambio posible entre ellos y el movimiento exterior, yo no vería sino troncos para la anarquía, un caos sangriento y el naufragio y vergüenza de nuestros planes. Pongámonos en el camino de la independencia, y yo voy a estar por el orden y la regularidad, sin temer que el Gobierno se cambie en tirano, Teseo en Procusto. El problema será entonces dar al Gobierno la energía suficiente para someter los individuos a la voluntad general, ganándolos por el amor y el temor y neutralizando en sus manos los medios de revelarse. Escapados de la tiranía, su vuelta nos preocupa únicamente; pero la anarquía es también la tiranía, complicada con el desorden...”

Un hombre se levanta y usurpa la palabra; pero no es un hombre ese cíclope, con dos agujeros por ojos, afeado por la viruela, de cabeza enorme cubierta de erizadas cerdas, de ideas febriles, servidas por una voz de trueno. El desorden preside su espíritu, que se exhala en gritos de cólera y exclamaciones súbitas.

—“¡La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía, desata el cinto y desanuda la cabellera oncosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor, la maldicen, yo caigo de rodillas a su presencia. Señores! Que la anarquía, con la antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague a los facciosos del orden, y la sigan por calles y plazas, gritando Libertad! Para reanimar el mar muerto del Congreso, estamos aquí, estamos aquí en la alta montaña de la santa demagogia. Cuando ésta haya destruído lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra, se alzar4 la libertad. . .”

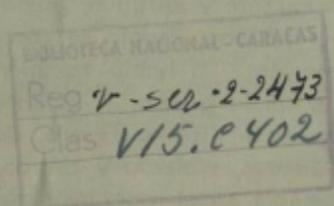
Sólo un momento sobrecogieron estas palabras siniestras a la entusiasta reunión. Aplausos y gritos siguieron largo tiempo a esta improvisación infernal.

Era Coto Paúl, orador fácil, sin freno ni moderación, hermano del doctor Felipe Fermín Paúl, que había concurrido esa noche a la Sociedad. Mientras aquél se desahogaba impetuoso y frenético, sin orden, proclamando y ultrajando la justicia, éste, envuelto en su prudencia, en la visión del porvenir, atento a las medidas benévolas, extraño a las resoluciones violentas, si bien no carecía de talentos oratorios, prefería emplear la actividad y flexibilidad de su espíritu y su carácter insinuante en inspirar moderación y calma, pareciendo seguir las opiniones que sugería.

Habló esa noche Espejo (don Francisco), alma de la Sociedad, abogado audaz e instruído, ensimismado y fecundo, cuyos modales graves, voz sonora y estilo abundante y enfático, gustaban a la multitud. Lleno de Mably y Rousseau, Espejo se complacía en doctrinas metafísicas y generales. Y habló también García de Sena, amado de las Musas y de la guerra; y Vicente Salias, gracioso autor de la *Medicomaquia*; y Vicente Tejera, de boca desairada, de helados y salidos dientes, violento y tímido, que cultivaba las letras, y que debía perecer en el mar, insidioso y pérfido como él. La discusión se anima; alguno dijo que tenían ya dos Congresos, el nacional y la Sociedad Patriótica; y Bolívar, se levanta y grita:

“No es que haya dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Banaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan? La junta patriótica respeta como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la junta patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdersos.

“Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos”.



(Fragmento de la "Biografía de José Félix Ribas", por Juan Vicente González (1810-1866). — Caracas. — Tipografía de Rómulo A. García & Cía., 1902.)

